

**En el 40 aniversario de la anexión de Austria**

# EL ANSCHLUSS, UNA LECCION HISTORICA

MAURICIO PEREZ



Cartel de propaganda nazi con el "sí" en pro de la Gran Alemania.

E cumple por estas fechas el cuarenta aniversario de la anexión de Austria por el nazismo y el comienzo de la expansión pardo-militarista del imperio alemán. La oligarquía financiera alemana, la gran burguesía austríaca, el catolicismo político y, en última instancia también, la división del movimiento obrero contribuyeron decisivamente a hacer realidad este acontecimiento, abriendo paso así a un nuevo período de la historia de Europa que culminaría en la guerra mundial.

Apenas comenzaba el capitalismo alemán a recuperarse del desastre de 1914-1918, cuando por boca de uno de sus representantes más caracterizados, Stresmann, se planteaba (1925) la anexión de Austria "como objetivo de la política exterior alemana". El dinamismo económico germano, especialmente la gran industria química y siderúrgica, no se daba por satisfecho con las posibilidades comerciales que ofrecía la reconstrucción del país, la absorción del ejército industrial de reserva, o el combate contra la inflación, graves problemas de la Alemania del tiempo, sino que aspiraba ya a una nueva, y no discriminante, "colocación" en el concierto de las naciones dirigentes de Europa.

Los grandes monopolios financieros e industriales habían visto defraudadas sus esperanzas de "expansión económica" al ser rechazados sus planes para una unión aduanera con Austria (19-III-1931) y, después del fracaso del Putsch del príncipe von Starhemberg (13-IX-1931), terminaban por aceptar para sus planes los métodos expeditivos inherentes al "estilo político" de Hitler. Efectivamente, el antiguo cabo austríaco iba a

ser el "hombre providencial" que facilitase el desarrollo de los planes expansivos del gran capital germano, venciendo las resistencias internacionales al rearme alemán y, en el caso concreto de la problemática austríaca, la oposición de Italia al Anschluss.

En Austria, la Iglesia católica y el Partido Cristiano Social hegemonizaban la vida política designando al Jefe del Gobierno ininterrumpidamente desde 1920. El bloque conservador, al socaile del ascenso internacional del fascismo, apoyaba los planes del clerical Dollfuss para, respaldado por el Ejército, Policía y sus "milicias patrióticas", more "golpe de Estado" (7-III-1933), establecer un régimen dictatorial. La disolución del Parlamento y la creación de un "sistema administrativo autoritario" (15-III-1933), la prohibición del Partido Comunista (16-V-1933), Socialista y de los sindicatos de clase, posteriormente, y toda una serie de medidas de corte clerical-reaccionario, que miraban a garantizar los intereses de la gran burguesía y los planes políticos del Vaticano, apuntaban a la consolidación de un régimen corporativista de tipo mussoliniano. La

respuesta, tardía y desorganizada, del movimiento obrero, con la insurrección de febrero de 1934, fue derrotada y duramente reprimida.

Al margen de la responsabilidad que pueda recaer, por sus discrepancias, sobre socialistas y comunistas en el fracaso de la insurrección y las limitaciones organizativas del sindicalismo de clase austríaco, hay que subrayar que el elemento esencial de la victoria del plan reaccionario consistía en el papel jugado por el "catolicismo nacional" como cemento ideológico capaz de conseguir la soldadura entre los intereses de la oligarquía indígena, parte importante de las clases medias y del campesinado, y los aparatos represivos del Estado, asegurando así una amplia base social al "experimento autoritario".

La dictadura de Dollfuss, basada en la filosofía de la encíclica "Quadragesimo anno" y en la Constitución clerico-fascista (1-V-1934) aparecía ante los ojos de una parte importante de la asustada pequeña burguesía como el "mal menor" y la única "garantía" contra el peligro marxista; "peligro", por otra parte, inexistente en aquellos momentos.

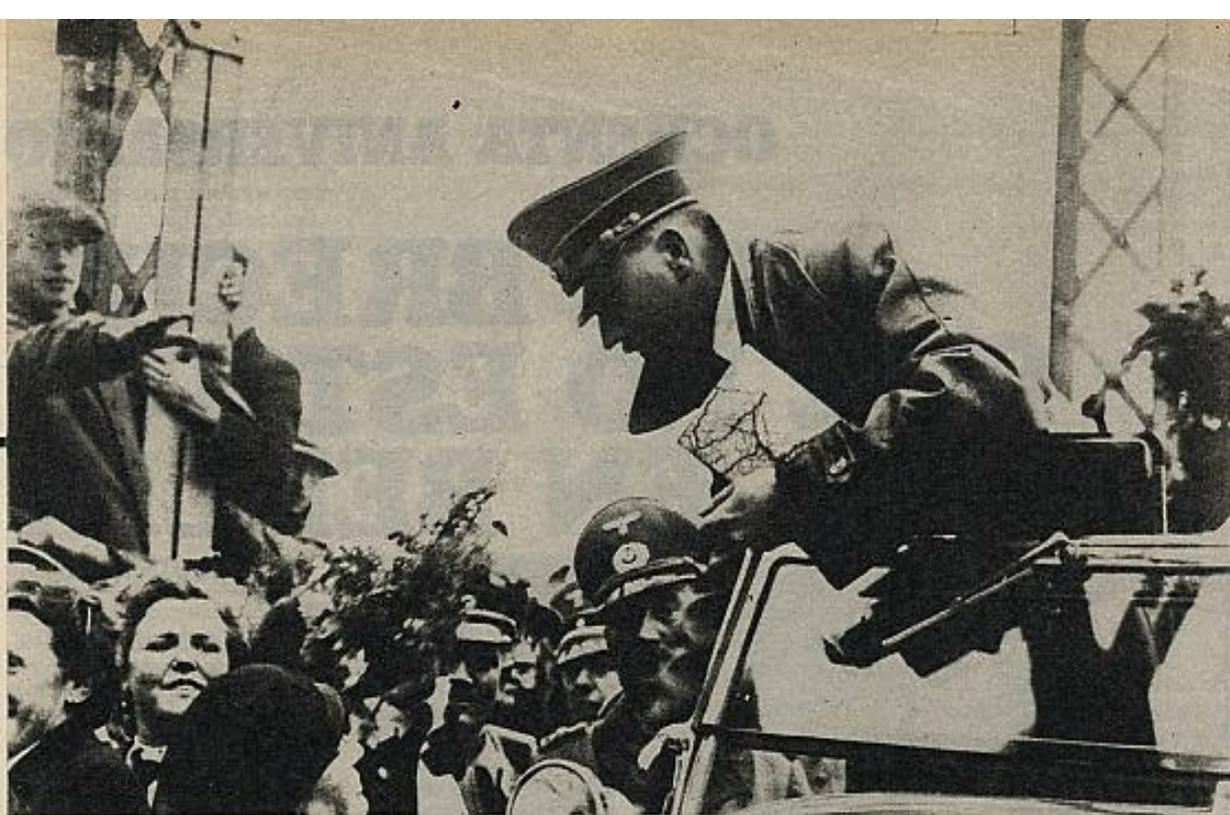
El cuasi-fascismo "nacional" de

Dollfuss daba satisfacción a los intereses de clase del capitalismo austríaco y al bloque clerical-conservador, pero era "objetivamente" un obstáculo para los planes expansionistas del gran capital alemán y para los sueños milenaristas de Hitler, con su Imperio del Tercer Reich. El principal apoyo de Dollfuss, a su experimento "nacional" consistía en el respaldo de la diplomacia vaticana, que veía con cierta desconfianza el carácter seudopagano del nazismo, y el régimen fascista italiano. Efectivamente, Mussolini se mostraba, en ese período, preocupado por los apetitos expansionistas de Alemania en una zona que consideraba como esfera de influencia propia.

Los Protocolos Romanos, (17-III-1934), firmados por Italia-Austria-Hungría, eran, en la medida en que inclinaban a las dos últimas hacia Roma, una especie de garantía contra el Anschluss, pero fueron rápida y enérgicamente contestados, y liquidados, por el nazismo con el intento de Putsch y asesinato de Dollfuss (25-VII-1934). El sucesor de Dollfuss, Schuschnigg (1934-1938), otro conservador de la piara vaticanista, no supo,

El canciller Dollfuss (1), con el príncipe Von Starhemberg (2).





El 12 de marzo de 1938, Hitler entra en Austria y es recibido con muestras de alegría en su pueblo natal de Braunau.

ni quiso, evitar la aproximación de Austria a Hitler, prefigurando con su política reaccionaria el nacimiento de la Gran Alemania nazi.

El cuadro internacional en el que se integraba la problemática austríaca estaba determinado por la política inglesa de apaciguamiento del nazismo y correspondiente intento de orientar el apetito germano en dirección Oeste, y por la decisión hitleriana de movilizar todos los "medios estratégicos del país" (septiembre 1934). La Ley de Desarrollo del Ejército (16-III-1935) y la consiguiente preparación militar, para dar satisfacción a su expansionismo a través del uso de la fuerza, culminaba, momentáneamente, en el Acuerdo Anglo-alemán sobre la flota (18-VI-1935) y en la intensificación del rearme de la Wehrmacht.

La evolución de las relaciones germano-italianas había sufrido una variación sensible respecto a la época de Dollfuss. Efectivamente, en los Protocolos Romanos se había garantizado, al mismo tiempo que las pretensiones de una ampliación de la influencia económica y política italiana en la zona del Danubio (Tercer Protocolo), la independencia de Austria, política que había sido reforzada por el Tratado Comercial Italo-austríaco (14-V-1934), pero ahora, después de la invasión de Etiopía (3-X-1935) por Mussolini y la intervención germano-italiana en la guerra de España, la iniciativa había pasado a manos de Hitler. La denuncia por éste del Pacto de Locarno (7-III-1936) y la ocupación del Rhein indicaba claramente que los preparativos alemanes estaban ya bastante avanzados y que Hitler estaba dispuesto a la utilización de la fuerza para la consecución de los objetivos que se había trazado. Después de la firma del Tratado Germano-austríaco (11-VII-1936), en el que Austria se declaraba Estado "alemán", y del pacto que daba vida al Eje Berlín-Roma (25-X-1936), Italia había quedado integrada en la gran estrategia ex-

pansionista alemana y no oponía ya más resistencia a los planes de Hitler en Austria. Con parecida sutileza, y "humana prudencia", había venido adaptándose la diplomacia vaticana al "signo de los tiempos".

Ciertamente que Alemania había reconocido, en el Tratado con Austria (11-VII-1936), la soberanía e independencia de este Estado "alemán", pero la realidad era que se había procedido a la disolución de la Heimwehr austríaca (9-X-1936) y que los alemanes comenzaban el estudio del "Sonderfall Otto", donde se preveía la intervención militar en Austria. La situación era ya tan alarmante, que los socialistas y comunistas deponían sus divergencias, al menos en este punto, y junto con los sindicatos llamaban (1-V-1937) al pueblo a unirse para defender la soberanía y la independencia de Austria. Pero, a pesar de todos los pesares, Schuschnigg desoía las llamadas angustiosas, por ejemplo, la del 12 de febrero de 1938, de la oposición para que el Gobierno tomase en sus manos, con carácter prioritario, el problema de la defensa de la integridad e independencia de Austria.

Evidentemente, la oligarquía, el bloque político clerical-conservador y la Iglesia católica, apoyados en el aparato represivo del Estado, y contando con el miedo de las clases medias y la indiferencia campesina, se preocupaban mucho más de la defensa de sus privilegios de clase que de la amenaza de Hitler; aunque esto significase, lisa y llanamente, la dimisión nacional. Preferían la pérdida de la identidad, de la independencia nacional, antes que poner el poder en manos del pueblo para, a través de una profunda democratización del Estado, habilitar los medios y caminos necesarios para defender la integridad y soberanía de Austria.

Paralelamente al deterioro de la situación interior austríaca, y la internacional, el gran capital alemán jugaba sus cartas con fría y enérgica decisión, organizando su economía, con un sistema de carteliza-

ción y reglamentación impuesta, y equipamiento militar dentro de las coordenadas típicas de un capitalismo monopolista de Estado. El "nuevo plan económico" (24-IX-1934) había dado paso, mere decreto sobre el plan económico cuatrienal (23-VII-1937), a la "arianización" de la economía, y Hitler decidía, en su discurso secreto (5-XI-1937), sobre la política expansionista (Protocolo Hossbach), la anexión de Austria y Checoslovaquia para aumentar la capacidad, especialmente en alimentos y mano de obra, "estratégica" del Tercer Reich.

La reaccionaria y torpe política de Schuschnigg, de la "clase política" dominante, había conducido al pueblo austríaco a un callejón sin salida. Por ello, cuando éste (Schuschnigg) capitulaba ante Hitler (12-II-1938), aceptando la subordinación económica a Alemania, y se decide a someter a referéndum la "hermanización" (10-III-1938), Hitler impone el nombramiento de su sicario Seyss-Inquart como ministro del Interior (11-III-1938) y no acepta el riesgo, inherente a toda consulta electoral mínimamente democrática, ordenando la invasión. Así, en la noche del 11 al 12 de marzo de 1938, más de 200.000 soldados alemanes, policias nazis y miembros de las SS ocupaban Austria, promulgándose inmediatamente la anexión (13-III-1938), "legalizándose" electoralmente, ahora ya sin posibles sorpresas, el Anschluss (14-IV-1938).

Como puede apreciarse, la oligarquía financiera y el gran capital austríaco habían ido pasando paulatinamente, al compás de los acontecimientos internacionales y muy especialmente de los alemanes, de una orientación proitaliana, primera década de los treinta, a una decidida posición progermana. Esta "transición" fue posible por la convergencia de sus intereses de clase con los representados por la ideología y el discurso político del catolicismo austríaco; fuerza hegemóni-

ca que enarbolaba, frente al marxismo y el proletariado, la bandera del "significado universal de la misión occidental" y del destino del pueblo austríaco en el "espacio alemán".

Queremos subrayar, sin que nos duelan repeticiones, que el Anschluss fue posible solamente por la hegemonía político-ideológica del bloque clerical-reaccionario que, haciendo suya la concepción de lo alemán como unidad cultural de "una nación" (Asamblea General de los Católicos de Alemania, (25-VIII-1925), apuntaba a la restauración eventual de los Habsburgo en la Europa Central y que una vez fracasados estos planes, por la alianza y ofensiva del capital monopolista germano con Hitler, fue integrado progresivamente su discurso clerical-antirrevolucionario en otro de connotaciones cada vez más explícitamente nazi-fascistas.

El hecho de que la división del movimiento obrero, especialmente la oposición socialistas-comunistas, y la "indiferencia" (más bien connivencia) de las potencias europeas occidentales, que ponían rumbo, mere "no intervención" en la guerra de España, a la capitulación de München (esperando canalizar así el expansionismo alemán hacia la Europa Oriental, especialmente la Unión Soviética) facilitasen los planes de Hitler no exime a la burguesía austríaca, en general, y al catolicismo político, en particular, de su responsabilidad histórica.

Si de esta peripecia histórica cabe deducir una lección política, ésta no puede ser otra que la oligarquía financiera, el gran capital y las fuerzas conservadoras entienden y valoran la problemática nacional sola y exclusivamente a través del prisma de sus intereses de clase privilegiada. En consecuencia, la independencia y soberanía nacional sólo puede ser conseguida y garantizada, sobre la base de la unidad de los trabajadores, a través de la acción política de la clase obrera y con la colaboración popular. ■